

“SE NOS FUE PINITO”

Por: P. Antonio Rodríguez Díaz



Camagüey, agosto 21: Así, Pinito, diminutivamente, comencé a llamarlo, cuando empecé a tomarle cariño, que ello no fue al principio de nuestra relación, sino al ir descubriendo su auténtica vida, escondida debajo de la cáscara pinesca que la envolvía. Nunca me imaginé que él sería mi primer alumno fallecido. Aunque las noticias del aumento de su gravedad se sucedían; todavía el jueves, Manolito y yo planificábamos chistes acerca de su agonía para contarle, cuando se recuperase. Ya el sábado, en la procesión de entrada para la ordenación de dos nuevos sacerdotes, en el “Parque Agramonte”, me viré y le dije a Cástor: “Pidamos a Dios que le dé a Pinito en este momento la luz de la gloria”. Vivía precariamente, al yo salir de Camagüey al mediodía; poco después falleció. Era el 15 de Agosto. La Solemnidad de la Asunción de la Virgen a los Cielos. Para mí, uno de los dos días del año más hermosos para morir. El otro es el Domingo de Resurrección. Dios lo premió en su muerte. Así lo leo. Dios lo premió en su corta e inconsciente agonía. No necesitaba más tiempo para prepararse al encuentro definitivo con Él. El cuidado esmerado que siempre tuvo para con su vida espiritual avalaba

este corto final ¿Por qué murió, cuando no llegaba a los cuarenta años? Aquí quiero leer: Porque Pino era de Dios, y Él se lo llevó junto a Sí.

Su hablar alto y sin parar, desesperaba, no pocas veces; al oyente, sin embargo, de modo paradójico, esto acrecentaba el cariño hacia su persona. No era desagradable; como tampoco era autosuficiente, aun cuando era de los sacerdotes más inteligentes de Cuba. Defendía con ardor sus propuestas, y las discutía hasta la saciedad, sin que ello le restase humildad, la verdadera, la que nace de la vida interior; y esto me consta. Ante las dudas teológicas y filosóficas que se pudieran tener, sabíamos que lo que Pino explicase, era seguro. Le sobraba cabeza y ciencia para hacer un doctorado; pero no lo hizo para poder trabajar pastoralmente. Primó el ser sacerdotal. Gracias, Pinito, por esto, y por otras cosas más...

Gracias porque fuiste un hombre de fe. Desde que eras seminarista lo mostraste. No olvidaré, cuando con gran ilusión de tu parte, pensabas ir a México a estudiar Latín, enviado por el Seminario en el verano de 1994, y se te comunicó que no irías, porque tu obispo y tus superiores lo habían decidido. Aquél pasaporte cayó sobre un piso de fe -según la expresión de tu director espiritual-, porque veías en ello la voluntad de Dios, que debías cumplir. Sin resentimientos, sin quejas, sin habladurías ni perretas, viviste aquel acontecimiento. La fidelidad a la Iglesia fue uno de tus distintivos. Después, en momentos similares, pudiste demostrar que eras el fiel Pino.

Gracias, porque fuiste un seminarista de oración con los ojos fijos en el Sagrario. Y gracias, por lo que calificué más de una vez de “cosas pinescas”. Formaban parte de tu ser, y sin ellas no hubieras sido el Pino al que queríamos; y ahora recordamos, y lloramos. Tu final y tu entierro son la elocuencia de lo que fue tu vida. Ahora ya estás en el estado intermedio. Te habrás encontrado con Sóter, y no para discutir, sino, para juntos, alabar, cara a cara, a su Señor.



*Nosotros Hoy - Segmento noticioso del Sitio WEB de la COCC
Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. 2009 ©*

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original